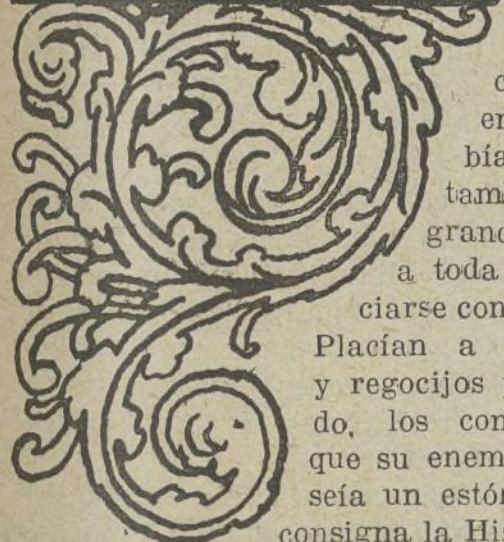


## CUENTISTAS ESPAÑOLES

# LA EDAD DE ORO POR LA CONDESA DE PARDO BAZAN



El morir, después de una copiosa cena bien remojada, el viejo Lutero, el Elector de Sajonia vió en inminente peligro la causa protestante y trató de conciliarse la voluntad de Carlos V, resuelto a acabar de una vez con los disturbios del Electorado; ahora que el Rey de Francia y el Turco le dejaban pensar en otras empresas. Sabía el Elector que se tambaleaba su poder, grande en otros tiempos, y a toda costa quería congraciarse con el árbitro del mundo. Placían a Carlos V los festejos y regocijos públicos, y, sobre todo, los convites; porque, igual que su enemigo el heresiarca, poseía un estómago exigente, según consigna la Historia al hablar de su estancia en Yuste. Y quiso el Elector ofrecerle un convite tal, que dejase memoria y borrara el recuerdo del dado por Maximiliano, el Archiduque, para solemnizar el Toisón.

Enorme era la sala donde había de celebrarse; la revestían tapices de Flandes, que representaban los Trabajos de Hércules, y la alumbraban millares de cirios y antorchas, en soportes y candelabros de maciza plata. Tres eran las mesas, y cada una simbolizaba un aspecto de la personalidad de Carlos: en una, sobre un estanque de agua de rosas, bogaban diminutos navíos, recordando las victorias navales; en otra, que figuraba el castillo de Lusignan, con su hada Melusina, un ejército embestía la fortaleza, significando los éxitos del César por tierra contra tantas villas y ciudades; y la tercer mesa, la central, presentaba un campo cubierto de espigas maduras: los granos eran perlas y significaban la abundancia y bienestar que bajo el cetro del Emperador se disfrutaba.

La víspera del banquete, un rumor se alzó en la ciudad, y tan extraño parecía, que al pronto nadie le dió crédito. Sin embargo, a cada instante se confirmaba, y no hubo más remedio que prestarle fe. Asegurábase que Bertilda, la hija de Teodulfo el escultor, se presentaría a los postres del banquete sin más vestidura que una capa áurea extendida por todo su cuerpo: personificaría la Edad de oro, traída por el César, y que pronto se extendería sobre toda la tierra, hasta las regiones auríferas del Continente nuevo.

Hubo bastantes burgueses de Dresde escandalizados de la idea, pues nada sería más fácil que encontrar una moza del partido que se prestase a tal exhibición; mientras Bertilda, tan honesta, tan alejada de todo lo que pudiese manchar, ni con leve sombra, su túnica virginal, debía ser respetada por el Elector, no imponiéndole tan duro sacrificio.

No se explicaba la gente cómo el padre, aquel genial artista que nunca había consentido que su hija entrase en su taller, para que no viese las desnudeces que prodigaba entonces el Renacimiento, habiendo rasgado los pliegues de las vestiduras góticas, podía prestarse a tan dura exigencia y dorar el mismo la piel de su hija, con prolijo cuidado, hasta convertirla en perfecta estatua de metal. La censura al Elector refluía en el padre; pero no faltó quien le excusase, refiriendo las circunstancias que le habían obligado. El Elector no pedía un cuerpo vivo, sino una bella estatua, y Teodulfo no disponía,

para modelarla y fundirla, sino de cuarenta y ocho horas, pues el gran Carlos llegaría en ese plazo, y el banquete debía celebrarse el mismo día. Y como Teodulfo arguyese con la falta material de tiempo, el Elector había contestado:

—Sobran horas para la faena. La estatua existe. No tienes mas que dorarla.

Y como Teodulfo alzase la cabeza interrogando, añadió el Elector:

—No conozco estatua más bella, más perfecta que tu hija Bertilda. Dórala y suéltala el cabello, que todo será oro cendrado y fino.

Fueron inútiles los ruegos, el llanto amargo, la misma cólera del desesperado padre. Firme se mantuvo el Elector en su mandato. Bertilda se presentaría a los postres del banquete, hecha un ascua de oro. Hubo un momento en que por la mente de Teodulfo cruzó un impulso violento, de sangre y muerte; ante sus ojos pasó una nube roja. Pero recordó la doctrina de Lutero: siempre debe la autoridad ser obedecida; Dios da tiranos a los pueblos, como les daría padres, para enseñarles y corregirles; debe inclinarse ante ellos la cabeza.

Y se doblegó ante la cruel orden... El Elector la había confirmado con la amenaza:

—Aquí no tenemos Cámara de los suplicios, como en Baviera, en la buena ciudad de Nuremberg, pero sabemos castigar a los rebeldes. Por interés tuyo y por el de Bertilda, te aconsejo que te conformes a nuestra voluntad.

Hasta los burgueses de Dresde convinieron en que Teodulfo no podía hacer otra cosa de lo que hizo. El banquete estaba en su apogeo; las copas y los tanques se alzaban mucho más a menudo que al principio; acababa de servirse un jabalí relleno de animales, pavos, corderos, faisanes, codornices, y un salmón del Rin cercado de pasteles de huevas de esturión, cuando hizo su entrada la Edad de oro, representada por Bertilda. La traían en unas andas cubiertas con bordado tapete que ostentaba las águilas imperiales, y que alfombraban odoríficas flores, entre ellas algún azahar traído de Italia, y que respondía al emblema de la doncellez de la hija de Teodulfo. La niña descendió de las andas y se postró ante el César, que la acogió con ligera sonrisa.

Ninguna emoción sentía el Emperador: estaba acostumbrado a que mujeres sin más velo que sus espléndidas cabelleras danzasen ante su carro triunfal, o le presentasen una guirnalda de laurel como trofeo. No sabía la fama de honestidad de Bertilda, y acaso la creyese una cortesana, a pesar del casto recogimiento de sus encantadoras líneas, que tenían la sobriedad de la adolescencia. Tanto la tenían, que ninguna idea impura surgía de la escultura divina, medio velada por la inmensa mata de pelo, deshecha en ondas por los hombros y vistiendo la belleza del torso delicado y breve. La capilla de maestros cantores, aleccionada por el melómano Lutero, iba a entonar una grave antifona; pero el Elector ordenó cantar algo alegre, un villancico una canción del Rin, celebrando la espuma del vino, también dorado. Y se inclinó al oído del Emperador y le hizo saber quién era aquella criatura, y cómo él había querido que la representación de la gloria imperial fuese una mujer impecable, más clara que la luna, más limpia que el sol. Carlos fijó sus pupilas, fatigadas de

ver grandes acontecimientos, en la estatuilla frágil, y murmuró:

—Acércate un poco más.

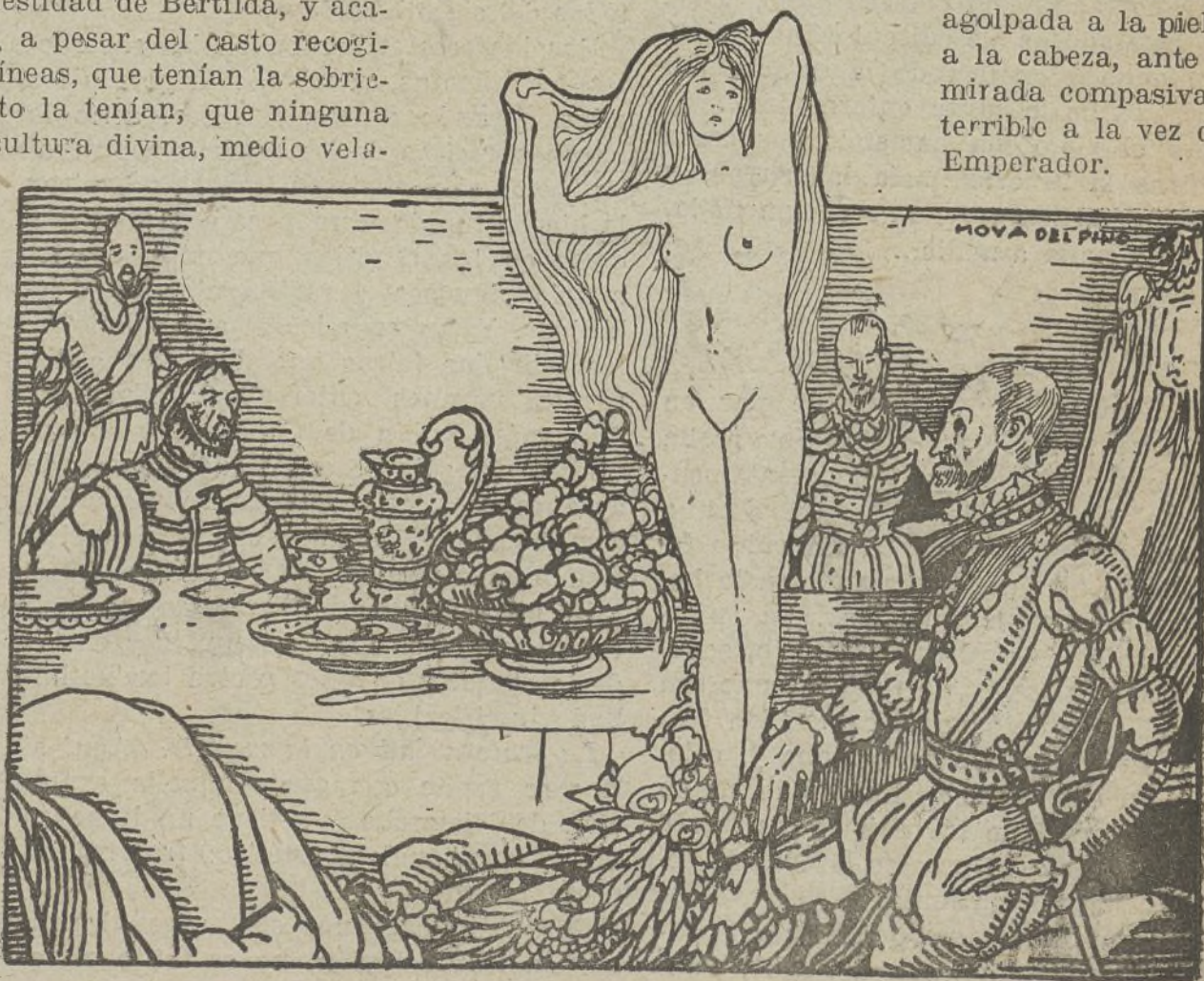
Temblando se aproximó. ¿Qué iban a exigirle todavía? Ya el César, con noble actitud, se despojaba de un collar riquísimo, del cual colgaba, esmaltada, la imagen del Apóstol Santiago, y lo ceñía al cuello de la muchacha, desviando con los dedos, para hacerlo, las ondas de oro del pelo, elásticas y sedosas. Su mirada, fulgurante en aquel momento, aterró a la infeliz muchacha. A la luz de los cirios veía el semblante cansado, pero dominador; la saliente mandíbula, disimulada por la barba, entrecana ya; la frente majestuosa, más blanca que el resto del rostro porque la habían preservado de curtirse el casco y el bonete, y los ojos terribles, de caudillo y pastor de pueblos, que sin duda abrasaban a quien fijamente los mirase, como abrasa el rayo a cuanto toca. Y la estatua de oro sentía como si una mano dura apretase su corazón; creía ahogarse, y ahogarse, no sólo por los pulmones, sino por todo su cuerpo, cubierto de polvillo de oro adherido por medio de una goma especial, un secreto de taller...

No era ilusión: lo que sentía iba caracterizándose; se asfixiaba. No podía respirar; abría con ansia la boca, lo mismo que los peces cuando les sacan de su elemento. La sala del banquete daba vueltas, las luces de los altos cirios vacilaban, la cara impresionante de Carlos V se difumaba, borrada por una niebla. Un grito ronco salió de la garganta de la estatua, y una convulsión sacudió sus miembros, gráciles y deliciosos. Cayó al suelo, retorciéndose. Corrió su padre a sostenerla. El médico del Emperador, que le acompañaba siempre, acudió a prestar socorro.

—No tiene nada de particular—advirtió a Teodulfo—. Es un efecto natural. Tapada toda la piel, sobreviene la asfixia. Dícelo Hipócrates en sus aforismos; por la piel respiramos. Desdórenla en seguida, a ver si logro salvarla.

Activamente emprendió Teodulfo, en la cámara adonde fué trasladada la paciente, la labor del desdore. La goma estaba tan adherida, que arrancaba epidermis al salir. Hubo que meter a la doncella en un baño templado para que soltase el oro maldito. Se la oía gemir, y tenía obstinadamente cerrados los ojos. Al amanecer los cerró del todo y no volvió a abrirlos jamás.

Toda la ciudad creyó que moría de la respiración imposible, de una causa física. Ella sola supo que moría de vergüenza, de toda su sangre arrebatada y agolpada a la piel y a la cabeza, ante la mirada compasiva y terrible a la vez del Emperador.





# EL PADRE Y LA HIJA

DUERME en todos los rincones. Bajo de estatura, pero macizo de carnes, es más bien informe que corpulento. Las manos, del largo remar, hinchadas y callosas, han perdido el juego esbelto y fino de los dedos: son dos enormes palas que, hundidas en el agua con bravura, podrían hacer andar o detener un barco. La cabeza desaparece bajo la abundancia viciosa de cabellos grises, y en la cara y en el cuello sólo queda sitio para los ojos, con el matorral de la barba y el áspero erizarse de cejas y pestañas. Viste siempre zamarra y pantalón de paño oscuro, y si va medio dormido por la plaza o se sienta, a orillas del mar, junto a un peñasco, lo tomarías por otro peñasco, con restos de vegetación, y dos bestezuelas brillantes—los dos ojos—en la cima.

Por lo demás, el viejo duerme siempre.

Hay maliciosas del pueblo que le tienen por incapaz de sentimiento y encañecido en un vivir sin alma. No hagáis caso.

En la casita oscura y silenciosa del enorme viejo hay un cuartito cuyas ventanas no se abren nunca por completo. Y hay en las ventanas macetas con plantas verdes, que se van secando. Como el cuarto queda siempre a oscuras, el viejo se encuentra bien allí, porque deja caer su mole en un rincón y cierra los ojos. En el otro rincón hay una cama, donde la hija del durmiente misterioso hace seis meses que agoniza. Era esbelta, era blanca, era alegre y parlotea. Saltaba, cuando niña, por las rodillas de su padre, como una gaviota por las crestas de una peña. Comentó el universo con la perenne sentencia de una sonrisa interminable y necesitó una agonía de medio año para apartarse de la vida. Era justamente cuando más ufana estaba y, con pompa de almidro que florece, comenzaban a dar fruto en sus mejillas las caricias de las cosas.

Durante el largo tránsito de aquella enfermedad horrible no aceptó el viejo consuelo de vecinas, ni se detuvo a dar detalles en los soportales de la plaza, ni habló de malas noches pasadas de claro en claro, ni gimió, ni hizo aspavientos, ni dejó de salir con su barca, mar adentro, como tenía por costumbre.

Al revés. Menudeaban sus visitas al mar, y hubo noche en que desató dos veces las amarras de su bote. Las gentes achacaban a codicia por la pesca aquel pujar constante del enorme viejo, y las más bondadosas le disculpaban, comprendiendo y explicando la codicia por los gastos de la larga enfermedad...

Pero el viejo iba haciendo sus cosas mientras la Muerte hacía las suyas, y ambos se miraban y no se decían nada, ni decían nada a nadie...

Fué al amanecer. Abrióse de par en par la ventana del cuartito. Una racha fría, de madrugada, entró violentamente por el espacio abierto, derribando una maceta, que hizo, al caer, un ruido temeroso. El aire quedó sonando en la hojarasca de los otros tientos... La enfermedad acababa de espirar... El viejo, soñoliento como siempre, la fué vistiendo con lentitud... La dejó en la cama bien tendida... Luego salió a la ventana y, colocando en ella el coño, hundió la mano en el matorral de la barba y se quedó mirando al mar. Sus ojos tenían un pequeño círculo sangriento...

Comenzaban a pasar gentes por la calle... El viejo llamó a una mujer, tam-

bién entraña en años, que muchas veces, para que se franqueara con ella, le había dicho ser parienta suya...

Cuando la mujer entró en el cuarto, viendo a la muerta, quiso besarla, lloriqueando. De un empujón vigoroso hundió el viejo a la mujer en una silla y salió del cuarto murmurando:

—¡No la toques!... ¡Acompáñala!

El viejo tenía su bote, anclado en la playa, muy cerca de su casa. Andando perezosamente, con movimientos de oso, solto las amarras y, entrando en el bote, empuñó los remos.

Y a medida que avanzaba, mar adentro, mientras el aire de la madrugada, sacudiéndole la barba y alisándole las cejas, iba sacando a la luz sus facciones gigantescas, en el rostro del viejo se iba haciendo una transformación maravillosa. Los ojos, que siempre miraban más allá de las cosas, descansaban ahora en el agua, que no se acaba nunca. Las manos, inexpresivas y muertas, adquirían valor y calidad, unidas a los remos sin esfuerzo. Las piernas, cortas y abultadas, desaparecían en las entrañas oscuras de la barca. Y el sol naciente daba un relieve de oro al busto enorme del viejo, que se mantenía sobre el mar como el torso valiente de un Neptuno.

Más: los labios del viejo, tan callados entre las gentes del pueblo, no dejaban ahora de moverse, en un monólogo interminable. Más: de sus ojos, sangrientos y llenos de angustia, corrían, largos y serenos, dos hilos de lágrimas gruesas y ardientes, que el viejo no trataba siquiera de enjugar en aquellas divinas soledades.

En un rincón de la barca enorme había un asiento, aderezado y pulido, con una bayeta blanca y dos almohadas; besó el viejo todo aquello, y, abandonando los remos, puso los dos brazos cruzados en uno de los costados del barco, hundió en aquella sima su cabeza y dejó caer sus lágrimas en el agua... El marinero contaba su dolor al mar, seguro de que no cabía en otra parte...

Volviendo del entierro de la jovenzuela, hablaban dos mujeres del efecto que había causado al viejo la muerte de su hija:

—La ha sentido poco...

—Estaba cansado de la enfermedad, tan larga.

—Apenas había expirado la pobre, se marchó a pescar, dejándola abandonada...

—Si no soy yo no la acompaña nadie...

—Pero ¿no lo veis? Ahora no se mueve nunca del mar, que es lo que él quería... Y el mar, amigo del viejo, gemía en el fondo dolorosamente.

Eduardo MARQUINA

## EMOCIONES

Segovia.

ESTA catedral amarilla y membruda se derrenega con laxo abandono sobre la ciudad, requemada y humilde. Parece un árbol cargado de un prestigio de centurias que en la dorada catástrofe de un otoño mirase las casas carcomidas como hojas secas y hacinadas.

La oveja.—En el gran patio, desgajado y desnudo, paca una oveja. Es una oveja de Castilla, sucia y melancólica, que arrastra una cuerda de esparto sobre la tenue alfalfa que brota por las grietas de las tumbas. Porque el patio es también cementerio.

Allí están enterrados los canónigos y racioneros de la catedral. Y las losas son losas mortuorias, labradas de escudos, de nombres y de fechas. Son casi todas del siglo XVIII.

Por las escalerillas suben los sacerdotes y las beatas, venciendo la gota y los años. Cuando cruzan hacia el atrio lo hacen por cima de las piedras sepulcrales, como si prefiriesen hollarlas a pisar la hierba tupida y un poco agostada que crece en las rendijas que deja la geometría rigurosa y rectangular de esas lápidas. Y sus cayados se arrastran por las labradas letras que designan a los santos varones enterrados: Narváez, Aragonés, Rubín de Celis...

La oveja sólo se cuida de pacer, de arrancar las briznas más sabrosas del camposanto. Y lo hace con una unción elemental y pánica.

He pensado en ambos respetos y atentados, en los de los transeúntes y en los de la oveja, y en unos y otra los he hallado justificables.

La fraternidad en la muerte.—Aquí sí que se repite con gusto aquella expresión de Nietzsche que tiene un inmenso valor emocional y estético: fraternidad en la muerte.

Porque si algo nos sobrecoge al pensar en la disolución, no es tanto el te-

mor de la igualdad como la extrañeza de hallar un espectáculo de tan gran concordia y paz entre tanto corazón mustio y muerto.

Semejante expresión no tiene mas que un valor metafórico y artístico, por poco que pensemos en ella, porque la verdadera hermandad no es posible mas que en la vida. Y, sin embargo, al pronunciarla, un manantial de ternura nos consuela y redime, aunque sea tan sólo un momento. Y nos llena de anhelos éticos.

Pensamos en el otro filósofo, en el que dedujo el fundamento de la moral, en el campo metafísico, del panteísmo, del *tat twan asi* indio, de la fraternidad, y pensamos también que quizá sea una poética desfiguración de la terrible verdad, del reproche de egoísmo que le hace el argumento psicológico, y que quizá sea sólo una solución artística.

¿Habrá un caminito que lleve de la magnitud y dimensión estética de las cosas a la piedad fundamental de la ética? ¿O habrá dos?

La Colegiata de la Granja.

La Colegiata es imponente, mayestática y bruñida por el sol, la luna y la nieve. Sus pizarras le dan tinte de pescado azul, escamoso y taciturno. Pero cuando una de sus campanas tañe, lenta y tediosa, queda largo tiempo flotando en el aire una nota aborronada como el zumbido de un enjambre, y dura tanto, que en cuanto viene a morir vuelve a sonar otro cuarto con estallidos frescos, lozanos y jóvenes.

Delante de ella embadurnan el espacio dos coníferas inmensas, como dos trompos negros y gigantes. En las noches de luna parece que giran sordamente para dar gusto a un espíritu jocundo y párvulo. Mientras tanto, las

constelaciones se desazonan, inmóviles, aseadas y pizpiretas.

Por los tejados de la Casa de Canónigos corre un estremecimiento plateado en la epidermis de la pizarra. Las ventanas de las buhardillas, bajo su visera cónica, se rien del maleficio de la luz.

La arena blanca y solícita cruje y acaricia el pie a nuestro paso. Se oye un cuchicheo atropellado y mortificante en un banco, al borde del arriate. Unas risas de mujer interrumpen el sigilo, intempestivas, henchidas y escalofriadas. Los globos eléctricos tienen una madurez luminica golosa y torturante, como si fueran uvas de claridad y de consuelo. Los grillos se han puesto todos de acuerdo y, al unísono, sugieren la imagen de un surtidor de fuentes que, hurtándose a la gravitación universal, fuese de la tierra a un astro de nácar, como un géyser invencible de sencillez y de humildad.

La zapatería.

No ha cambiado nada la zapatería en los catorce años transcurridos. Durante la noche, la misma luz de entonces, una luz rancia y comadre, proyecta un rectángulo amarillo y gozoso en la pared de la vecina casona, desamparada y achacosa. De día oculta el interior de la tienda una cortina de percal rayado a listas blancas y azules. Si no recuerdo mal, una cortina idéntica pendía hace catorce años.

Un escaparate empotrado en el muro ostenta varias filas de zapatos burdos, deslustrados y humildes. Es un escaparate que parece una pecera o una de esas santas hornacinas que en las calles de las viejas ciudades guardan toscas virgencitas milagrosas entre lamparillas vacilantes.

Frente a la puerta hay, en medio del arroyo, una silla de anea y un banquito. Encima del dintel, una muestra saliente nos recuerda que todo no perdura en la tienda fósil. El dueño murió, y el nombre de su viuda campea en la tabla pintada.

Hace catorce años se sentaba en la misma silla una niña de ojos negros e impregnados que me sonreía al pasar. Tenía yo nueve años. Y era tan dulce su sonrisa que llegó a torturarme como torturan los enigmas a esa edad. Un día me habló, y aunque la contesté torpe y esquivo, supe preguntar su nombre. Paz—me dijo—. Después, cuando la abordaba tímidamente, procuraba que no lo viese nadie.

Desde entonces, en la ciudad he pensado muchas veces en ella, y a medida que iba creciendo y haciéndome mozo, su recuerdo era más apremiante y agobiador. En los últimos años supuse con insistencia dolorosa que había muerto o se había casado.

Mientras contemplaba la zapatería, la cortina se ha levantado. Una muchacha morena y pálida, de cabellos rizados y copiosos, sujetos en un peinado alto, ha puesto en mí sus ojos húmedos y grandes. Pero Paz no me ha sonreído. Durante unos instantes he permanecido inmóvil, petrificado, sin aliento. Luego, pegado a la pared, me he arrastrado como un convaleciente o un beodo. Si el tiempo no ha volado para la zapatería, ni para la casona, ni para mi recuerdo, ¿por qué ha pasado borrándome del suyo? Mi melancolía recorre los catorce años que median desde su sonrisa y, al contarlos y medirlos sentimentalmente, me invade el vértigo de lo absurdo y de lo inverosímil, como si oyesa un reloj que cantara catorce campanadas.

Mauricio BACARISSE



# UN LIBRO DE BLANCO-FOMBONA

RUBÉN Blanco-Fombona ha reunido en un volumen de la Biblioteca Nueva algunos de sus cuentos. Titula esa colección: *Dramas mínimos*. En todos ellos resalta la nota capital de ese escritor: una viril dureza, no sé si debida a la sangre violenta de antepasados libertadores, entre aquellos torvos llaneros venezolanos que tan reclaman- te nos dibujó Daniel Mendoza, o adquirida en una vida que se ha encarado más de una vez con la muerte y se ha templado, como un buen acero, bajo el sol de la pampa, en los peligros del Alto Orinoco.

Rubén Darío, en un pintoresco prólogo, transportaba la vida de ese escritor al escenario histórico que mejor rimaba con ella: la Florencia de los Médicis o la Roma de Benvenuto. El desarrollo espiritual de las Repúblicas americanas, desde que recibieron la irradiación de las metrópolis espirituales europeas, tiene algún remoto parecido con la vida de las ciudades típicas del Renacimiento. No parece recordar que Taine, en alguno de sus ensayos, asimila el hervor social de los *placers* de California con aquella singular mezcla de tiranía y anarquía que caracterizó a los diversos núcleos de la formación de Italia desde la Edad Media. Más similitudes hay, sin duda, entre aquellos núcleos y los que han nacido de la independencia americana. Sobre el fondo bárbaro de una raza en formación, la herencia clásica española representa lo que en la Italia medioeval representó la herencia latina, y la irradiación de París equivale a la corriente helénica que, en los días del Renacimiento, infundió vitalidad nueva a los pueblos, despertando en ellos el sentido de una vida anterior, la reminiscencia de vagas estirpes, enamoradas a un tiempo de la belleza y de la violencia.

Ese doble afor hervir en el alma de Blanco-Fombona. Recuerdo, a este propósito, alguna frase suya, expresando su antipatía por la moderación espiritual francesa—moderación que, dicho sea de paso, tiene en Francia alguna formidable interrupción de sana rudeza, puesto que ni la Revolución, ni Balzac, ni Victor Hugo dejan de ser franceses—. Y dice Blanco-Fombona: «Las civilizaciones sin algo de barbarie parecen corromperse. La barbarie es la sal de las razas. Una dosis mínima de barbarie, como una dosis mínima de arsénico, pueden dar salud y vigor, aunque el arsénico sea destructor para el organismo y la barbarie para las sociedades. Las Repúblicas italianas eran bárbaras y refinadas; producían a Vinci y a Olli-vereto di Fermo. A veces un solo hombre representa aquella época: César Borgia, por ejemplo, que es una de las figuras más interesantes de Italia; o, si se prefiere, Benvenuto Cellini, que todavía anda solo por la historia del arte, sin haber encontrado un par.»

Acaso el libro caótico y multiforme de Blanco-Fombona *La lámpara de Aladino* sea el que mejor nos revela esa alma también paradójica, donde luchan, como en el alma colectiva de América, tan diversas progenies. Leí esas páginas fugaces y relampagueantes con más fruición que las de muchos libros fieles a la sesuda unidad ortodoxa. Me pareció ver en ellas reflejarse la nativa y enorme patria americana, sobre cuyo suelo heteróclito se fundieron todas las razas. Hay en aquel libro algunos rasgos que ma-

nifiestan esa contradicción de elementos formativos, tan prontos a resolverse en lucha destructora como en fecunda cópula. El concepto de la *aristocracia*: la noción del heroísmo como anhelo activo de acomodar la realidad al propio ensueño, confianza en sí, inspiración, visión de lo futuro, don de imperio, alma trágica: he aquí algunos valores espirituales que forzosamente debían rimar con los míos propios. Alma de libertador es la de Blanco; pero junto a esa estirpe sobrevive también la de un español aventurero; y su estilo tajante lo mismo pudo ser, en otra edad, la espada transmitida por un maderero de Pizarro, que la de un compañero de Páez en el libertamiento de Ve-

nas más adelante, unas palabras sobre el duelo descubren la supervivencia del viejo honor, bajo la modernidad de un cosmopolita... No en vano afirmaba con esta frase su credo estético: «Más poesía producen, con sólo vivir, un Benvenuto Cellini que un Hugo Foscolo, un Hernán Cortés que un Núñez de Arce, un Díaz Mirón que un Darío.» ¡Ah, amigo Blanco-Fombona, yo necesitaría un libro para objetaros adecuadamente sobre esa expresión!

Recuerdo también, como centellas de esas vividas contradicciones interiores—que son la mejor prueba del valor de un espíritu, porque quien no lucha consigo mismo no es digno de luchar con el Ángel, ya que el Ángel lo llevamos en nos-

su propia virtualidad una eficacia educativa. Toda revolución es una violenta aplicación de un régimen avanzado al

un medio social atrasado, para que aquél apresure y aun improvise el avance que el régimen vencido dificultó. El propio amor a la violencia es precisamente lo que comunica la nota de personalidad a Blanco-Fombona: una violencia que llega, en ocasiones, a los tonos parafletarios, como al fastigar a los grandes odiados: el *yanqui*; la *atonia* peruana, vestigio de la mollicie del virreinato español; la frialdad americanista y la veleidad europeizante de la Argentina; el recuerdo de Mitre; la personalidad de Ricardo Palma, la de Lugones, hasta la de Rubén Darío. En cambio, no puede disimular un amor oculto por aquellos propios *barbaróclitos* que hicieron destacar su personalidad sobre

las turbas adorativas o espantadas: un Rosas, un Dr. Francia, un García Moreno, hasta un Cipriano Castro, a pesar de los tonos irritados del folleto juvenalicio que Blanco tituló *Judas Capitolino*, y cuyas francas excitaciones al tiranicidio recuerdan la ira sagrada de Juan Montalvo, el gran ecuatoriano.

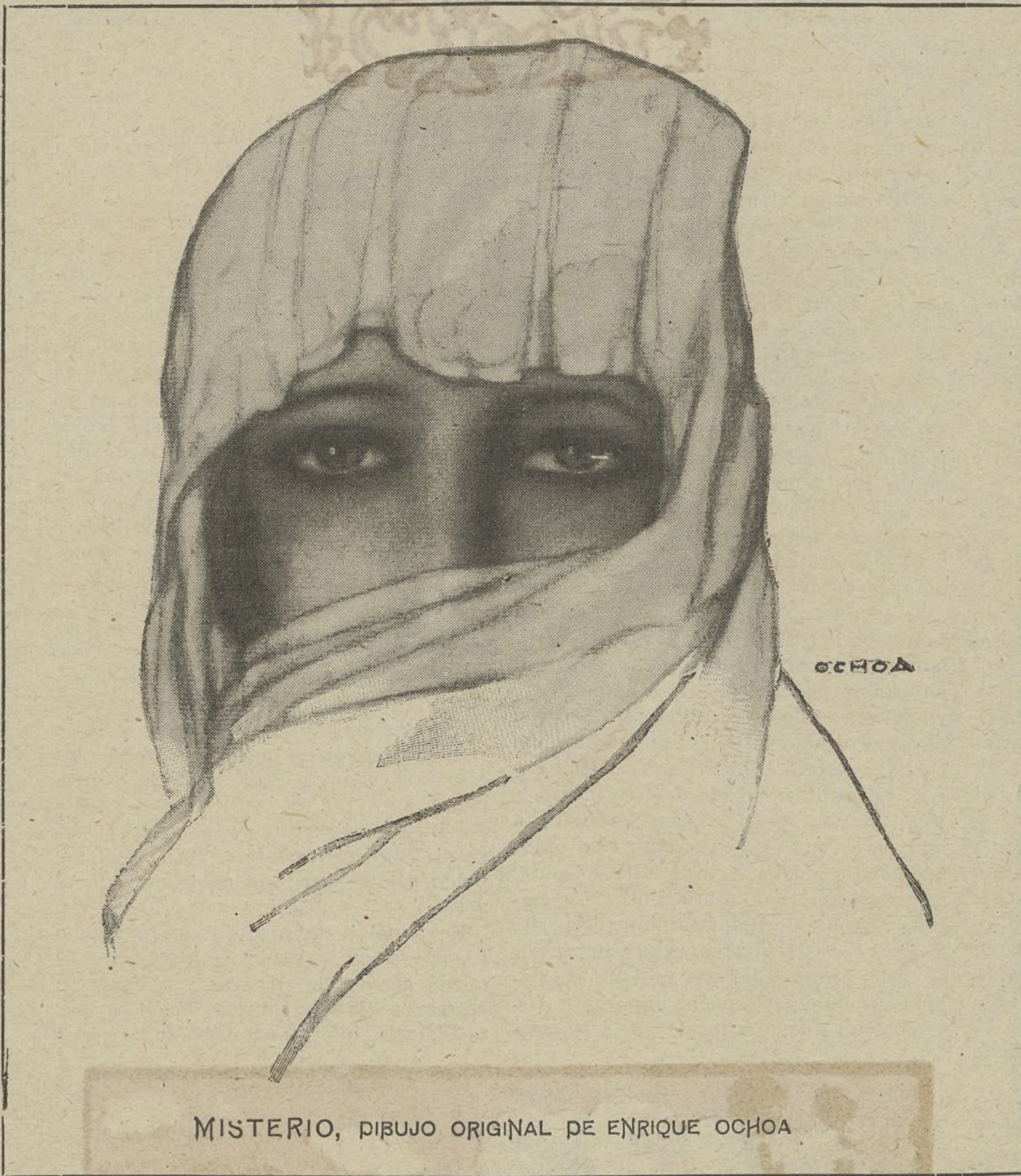
Pero en toda la producción de Blanco-Fombona no conozco nada superior a su reseña del *Viaje al Alto Orinoco*, verdaderamente admirable, que recuerda las crónicas de los conquistadores de Indias, y contrasta con el sentido romántico del paisaje americano, transmutado desde Chateaubriand a Humboldt. La fuerte palabra: *Violencia*, relampaguea también sobre toda esa narración, que parece escrita con la sangre de las luchas bravías, con las tribus, el sudor de las cabalgatas en el desierto, la salpicadura de las cataratas, entre un recelo de saltos de tigre en el oasis o acechos de caimán en el vadeo de los torrentes...

La colección de *Dramas mínimos* muestra, bien vivos, los caracteres del novelador, ya conocido por sus dos libros paralelos: *El hombre de hierro* y *El hombre de oro*; el primero, irónico y fatal, contándonos la historia de un abúlico en torno al cual la eterna madame Bovary teje el adulterio de su espíritu, peor que el de su carne; y el segundo, renovándonos el tipo de Euclión, de Shylock, de Harpagon, de Grandet, del Torquemada galdosiano, con rasgos dignos de la *Comedia humana*.

¿No os queda también en la memoria vivamente un tipo de curandero popular, que os sugiere caprichos de pintura flamenca, a lo Teniers o Brouwer?

Los *Dramas mínimos* son una pinacoteca de la humana crueldad. Alguno de ellos, como *El Catire* o *El Culi*, por su aspereza rural, me renuevan la lectura de la novelista Víctor Catalá, en lucha siempre con una feminidad que instintivamente desearía ocultar un poco, a la manera de Rachilde. Otros tienen la marrullería campesina que inmortalizó a *Pathelin*. *El caso de Pellura* tal vez sea el de más intenso valor dramático. O el que se titula *Recién casados*, porque en él se compenetran bien la evocación del medio criollo y el drama interior, vivamente sexual. Otro, más irónico (*El canalla San Antonio*), me ha sugerido un caso análogo (*Saint-Renan*), contado por Ernesto Renan en los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. Otro, en fin, *Molinos de maíz*, tiene la amarga ternura de Alfonso Daudet en *Le secret de Maître Cornille*.

Gabriel ALOMAR



MISTERIO, DIBUJO ORIGINAL DE ENRIQUE OCHOA

nezuela. «No puedo negar—afirma—que tengo simpatía por la raza hebrea, aunque los mismos hebreos parecen empeñados en hacérmela perder—caso idéntico al que me ocurre con los españoles.» Y esa lucha interior entre la herencia metropolitana y la libertadora estalla a cada paso. En una página se lee, muy justamente: «Lo que es *patriotismo* en Europa es *rebeldía* en los pueblos no europeos a quienes Europa agrade. Son *héroes* los que defienden en Europa el suelo patrio; los que defienden fuera de Europa el suelo patrio son *bandidos*.» Pero unas páginas más adelante, al referirse a la guerra libertadora de Cuba, el autor no teme contradecirse y juzgarla con sentimientos de español, acaso por odio a los Estados Unidos—por cierto que en ese mismo capítulo hay un fragmento de exacta visión moral sobre la violencia anarquista, por comparación con la *heroica*—. En cambio, dos pági-

otros mismos—, algunas apreciaciones de su volumen sobre *Grandes escritores de América*. Para él, no ciertamente para mí, la patria es anterior a la libertad y a la justicia. ¡Oh! Yo creo que Sarmiento, el gran argentino, tuvo razón al apelar a Francia e Inglaterra contra la odiosa tiranía de Rosas; no la tuvo, en cambio, aquel heroico San Martín, que no sintió jamás su propia obra histórica y que envió al tirano Rosas la espada libertadora de Chacabuco y de Maipo, aunque el propio Rosas acudiese a los Estados Unidos, sin éxito, para sostener su tiranía. También tuvo razón Sarmiento, creo yo, en afirmar que la forma política de una época no está vinculada ni a una lengua ni a la historia del país en que se formó; y en apreciar que una constitución política refinada puede aplicarse a pueblos de índole diversa, como el norteamericano y el argentino, porque los regímenes tienen en



# LA PRINCESA DIAMANTINA

ERASE un rey muy rico, el más rico de todos los reyes de todos los cuentos. Pero este rey era aún más avaro que rico. En las cuevas de su palacio tenía amontonados tesoros inmensos; todos los días pasaba horas y horas entreteniéndose en hacer relucir sus monedas de oro y plata y en hacer brillar sus diamantes y sus esmeraldas. Para aquel rey sólo existían dos cosas: el dinero y lo que podía proporcionar dinero.

Un día que se hallaba comiendo pasteles en su jardín, un pajarito se acercó cantando: «Ti-titt! Ti-titt!», y con el picoito fué a coger las migas caídas en el suelo.

Pero el rey le rechazó bruscamente: —¡Quita de ahí!—le dijo con desprecio. Ni migas siquiera mereces tú, que no sabes más que cantar, y no sirves para nada ni vales nada.

En el mismo instante el pajarito engordó y creció, y el rey vió ante él a un enano regordete, con barba roja, ojos malignos y gorro de terciopelo negro.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo el enano, que se parecía extraordinariamente al pajarito—. ¡Para ti sólo tiene importancia lo que vale, viejo avaro! Pues bien, yo me vengaré de tu desprecio y te castigaré por tu avaricia. Ya nos volveremos a ver en el bautizo de tu hija.

Y dicho esto el enanito enflaqueció, disminuyó, y un pajarito se alejó volando y cantando: «Ti-titt! Ti-titt!»

Efectivamente, el rey había encargado una hija, que no tardó en nacer; era una niña rubia, tan linda, tan linda, que la llamaron Diamantina.

El día del bautizo se dió en palacio un almuerzo espléndido a todos los cortesanos; los invitados no eran menos de quinientos y pico; al llegar a los postres, la reina cortó en partes iguales un gigantesco pastel, para lo cual, no encontrándose ningún cuchillo bastante grande en la ciudad, tuvo que utilizar el sable del gran chambelán.

En el momento en que la ilustre dama se disponía a servir a cada invitado una parte de pastel, se oyó un ruido de alas: un pajarito entró por la ventana, saltó sobre la mesa y se transformó al punto en un enanito con barba roja, ojos malignos y gorro de terciopelo negro. El rey se echó a temblar.

—¿Cuál sería la venganza del pajarito ofendido?

El enanito empezó por coger entre sus diminutos dedos un pedazo de pastel y se lo comió, con muecas tan graciosas, que todo el mundo se echó a reír. Luego saltó de la mesa y se acercó a la cuna de seda roja donde la princesita Diamantina dormía muy envuelta en tuiles y encajes.

—Diamantina—dijo el enanito—, quiero hacerte un don: cuanto toquen tus dedos se transformará en cosa útil o que valga dinero. Conservarás este don hasta el día en que tu blanca manecita se una a la mano del que convierta el oro en humo.

El enano desapareció, y un pajarito se fué volando por la ventana y cantando: «Ti-titt! Ti-titt!»

—¿Cuál no sería la alegría del viejo rey! Buena venganza la del enano!

Desde aquel día la fortuna del rey fué inmensa, infinita; los blancos deditos de la princesa Diamantina convertían el agua en vino y la piedra en oro. De todos los puntos del mundo acudieron pobres para que aquellos dedos encantados tocasen cuanto tenían, y se marchaban luego convertidos en señorones magníficos,

vestidos y con la bolsa bier repleta, y los ricos, insaciables en su sed de dinero, acudían también y se marchaban más ricos todavía. A todo esto, Diamantina crecía, y la linda niña se tornaba en bellísima joven; pero Diamantina se iba dando cuenta del horror de su triste sino. ¡No poder prender una rosa a su pecho sin verla transformarse en repollo! ¡No poder tener un rizado perrito que no se convirtiese en el acto en cerdo bien cebado! ¡Verse siempre rodeada de seres que se peleaban, se golpeaban y hasta se mataban por acercarse a ella; pero no por cariño, no, sino por codicia! ¡No tener a nadie que la quisiese por ella misma, sino siempre por el don fatal de sus manos encantadas!

Y Diamantina, hastiada de riquezas, se aburría y lloraba; y así el rey, que la quería más que a todo en el mundo, después del dinero, se veía castigado con la eterna tristeza de su amada princesita.

Y un día, mejor dicho, una noche, mientras todos dormían en el castillo, Diamantina se levantó sigilosamente y se fué.

Anduvo largo rato, y luego, cansada, se tumbó en la hierba y se durmió; en aquel momento pasaron dos ladrones. Al ver a aquella joven cubierta de alhajas y envuelta en tejidos suntuosos, se acercaron para despojarla de la fortuna que llevaba encima; pero al quitarle las sortijas tocaron, naturalmente, sus deditos mágicos, y al mirarse no se reconocieron: cada uno creyó que el otro era un rico señor que acudía a defender a la niña dormida; se arrojaron el uno sobre el otro y se mataron. Y cuando Diamantina se despertó, al ver los dos cadáveres y sus alhajas por el suelo, comprendió que su don fatal había causado aquella noche una nueva desgracia, un nuevo crimen, y se alejó sus-

pirando. De pronto pasó por delante de una casita blanca, con las ventanas verdes y un jardincito lleno de flores y de pájaros cantarines. La pobre estaba tan cansada y tenía tanta hambre, que llamó a la puerta; pero con la puntita del pie, para no ver aquella casita tan mona transformada en un palacio.

La puerta se abrió y Diamantina vió a un hermoso joven que le dijo amablemente:

—Sed la bienvenida, linda princesa. Pasad a descansar y a tomar alimento.

Y Diamantina, con sus manecitas cruzadas para no tocar nada, dijo:

—Gracias.

Y entró. Luego se sentó y pidió a su huésped que tuviera la amabilidad de darle él mismo de comer; el joven no pidió explicaciones y acercó a sus labios pan, frutas y un vaso lleno de blanca leche. Después de comer, Diamantina inclinó hacia atrás su rubia cabecita y se quedó dormida, mientras el joven le cantaba cosas muy bonitas, porque aquel joven era poeta y se llamaba Tirlirí.

Cuando Diamantina abrió los ojos, su huésped le ofreció la mano para hacerle visitar su jardín; pero la princesa, asustada, ocultó precipitadamente sus manos detrás de la espalda; su nuevo amigo le parecía muy guapo tal como estaba, con su traje de estameña, y no quería cambiarle. Pero el poeta sintió una gran pena.

—Bien hacéis en negarme vuestra mano—le dijo tristemente—. ¿Qué soy yo, pobre poeta, para una noble dama cual vos?

En aquel instante un jilguero vino a posarse sobre la mano de Diamantina y quedó convertido en ganso; Diamantina se echó a llorar y contó a Tirlirí su triste historia, que él ignoraba, porque los

poetas, en los cuentos, no están nunca enterados de lo que pasa por este mundo.

—Tranquilizaos, bella princesa—dijo Tirlirí, que era muy compasivo y encontraba, además, que los ojos azules de Diamantina eran muy dignos de compasión—. Yo soy muy amigo de todas las hadas; voy a ir a pedirles un remedio para vuestra desgracia. Esperadme aquí.

Ni por un momento pensó en aprovechar las riquezas que se ofrecían a él; antes bien, sintió terror de que su jardín quedase convertido en huerta y su pajarera en corral. Y es que en los cuentos los poetas no hacen ningún caso de las riquezas.

Sin embargo, antes de que se marchara, Diamantina le regaló, para gastos de viaje, un puñado de hojas secas, que convirtió en monedas de oro, y otro de piedrecitas, que convirtió en monedas de plata.

Y Tirlirí se alejó cantando bellas canciones que le inspiraban el sol, los árboles y las flores y algunas otras cosas más que no recuerdo en este momento.

Cruzó varios pueblos, y en cada uno de ellos compró recuerdos para su amada princesita; le compró unos zuecos de madera muy monos; unas gasas maravillosas y una colección de libros de cuentos y de estampas. Y tanto y tanto compró, que gastó todo su dinero, y llenó su saco de regalos.

Al llegar a un bosque se encontró con una vieja muy encorvada y que temblaba de frío.

Tirlirí, que era bueno, no solamente con las princesas rubias, se acercó a ella.

—Tengo frío, tengo frío—gemía la pobre vieja.

Tirlirí cortó la rama de un árbol y encendió una hoguera; pero la madera estaba verde y no ardía.

—En tu saco tienes papel, que ardería muy bien—dijo la vieja, que seguía temblando.

Tirlirí sacó todos los libros y todas las estampas y los echó en la hoguera; la lumbre ardió un rato y se apagó.

—En tu saco tienes telas, que darían buena lumbre—dijo la vieja, que seguía castañeteando los dientes.

Tirlirí echó en la hoguera todas las gasas; la llama duró un instante.

—En tu saco tienes madera seca, que serviría muy bien para calentar mis pobres huesos helados—dijo la vieja.

Y siguió repitiendo: —Tengo frío, tengo frío.

Y Tirlirí sacó también los zuecos.

El saco estaba vacío; pero las llamas se elevaban alegremente y la vieja se frotaba las manos con satisfacción. De pronto se irguió, y Tirlirí vió ante él una bella dama con los ojos brillantes y el cabello negro. Era una de sus amigas, el hada de los gusanos de luz.

—Vuelve a tu casa, buen Tirlirí—dijo—. Puedes poner tu mano en la mano de la princesa Diamantina, tú que conviertes el oro en humo. Casaos pronto y sed muy felices.

Tirlirí apenas tuvo tiempo de darle las gracias; volvió a su casita, más que corriendo, volando. Diamantina le esperaba. Tirlirí cogió su mano y siguió siendo un sencillo poeta, pobremente vestido, y Diamantina, loca de alegría, no retiró sus deditos blancos; lo que aprovechó Tirlirí para poner un beso en ellos, porque los poetas suelen ser muy osados, y esto, no sólo en los cuentos, sino también en la realidad.

Magda DONATO





# LA PARABOLA

## DEL

## VISIONARIO

Se detuvo y, mirando  
al robusto zagal que apacentaba  
su rebaño a la orilla de un arroyo  
preguntó: —¿Cuánto falta,  
pastor, para llegar a aquella torre  
que junto al horizonte se señala?

Miró el pastor curioso...  
Miró... mas no vió nada...  
A lo lejos tan sólo se veía  
el cielo que abrazaba a las montañas.

Y el triste visionario  
continuó su marcha,  
más pálido que nunca... Primavera  
perfumó con su beso la mañana.

Junto al mesón, a un lado del camino,  
tomando el sol, la viejecita hilaba...  
El visionario dijo: —Viejecita  
que hilas lino en tu rueca, ¡por la plata  
de tus cabellos! ¡Que tus ojos vean  
tus tres mozas casadas!  
¿No podrías decirme,  
por piedad, cuánto falta  
para llegar a aquella esbelta torre  
que se yergue detrás de las montañas?

Y la vieja miró..., mas solamente  
vió que era azul y quieta la mañana.

Y el triste visionario  
continuó su marcha...  
Dicen que ha preguntado a mucha gente  
por la torre lejana.

Yo lo vi con los ojos del espíritu  
y andaba... andaba... andaba...

\*\*\*

¿Nunca por vuestra puerta pasó algún visionario?  
Andando, andando, andando, lo hallaréis cualquier día  
en el yermo camino, sombrío y solitario,  
que va hacia la ciudad de la Melancolía.

Sabréis quién es, por pálido y altivo y haraposo;  
ancha frente; la larga melena desgredada...  
Antes que oigáis su paso, pausado y fatigoso,  
sentiréis por la espalda que os quema su mirada.

¡Ojos de visionario, tan tristes y profundos,  
que esperaréis a otros hombres y que veis otros mundos!

¡Ojos de visionario, enseñadme a mirar  
esa torre lejana a que no he de llegar!...

Adolfo APONTE





## LA VIDA BREVE

QUE son para el tiempo las altas pirámides, en qué presente y pasado apenas marcan distinción?

Van desfilando los días por el espejo de nuestros ojos, y únicamente se reflejan en el entendimiento para burlarse de sus pisadas. Sus anales ya no se nos presentan sino como borrosos relieves de una disipada fantasía. Y sus obras, no bien alzadas cuando ya reducidas a pavesas, dan como haces de mies bajo la implacable segur.

Ha llegado la hora de que nos desengañemos de nuestros desengaños, engañándonos nuevamente.

Cien lunas, en otros tantos giros repetidos, no harán resplandecer ni aun el rocío de nuestra noche, madre de la inquietud y del terror...

¡Qué perezosos pies! Y ¡cuán aprisa caminamos! ¡Cuánto ruido hacemos mientras vivimos! Y ¡cómo, teniendo mohosas nuestras espadas, hablamos a gritos de luchas y de guerras!

¡Qué inviernos, qué años fugitivos, qué heladas y eternos diciembres por todas partes!

De lo inestable y efímero tejen las norias la burda hilaza de nuestras pasiones.

¿Por qué el mundo y la vida, que conocen nuestro vano destino, se muestran ubérrimos de galas y de antifaces? ¿Por qué la novedad, cuando todo es vejez, podredumbre y visión, se aparece como el acicate más bien ponderado de nuestros deseos?

Y ¿por qué este afán por la conservación de una existencia tan rápida?

Y, sin embargo, ¡cómo ella persuade y apetece lo que no llega ni a un instante en nuestra ilusión!

Corremos una carrera desenfrenada y loca. El punto de parada vuelve a ser punto de partida. El mundo con el in-

finito es una serie de círculos de círculos. ¡Ni avanzar ni retroceder! Pues lo que llamamos vivir, ¿qué es sino ir muriendo? Todo es humo, ceniza, caos y lágrimas de las cosas.

Y el mañana, el mañana y el mañana sucedense sin medida, avanzando paso a paso, precipitándose sobre los cómputos de la memoria; y todos nuestros ayeres han alumbrado a los locos el camino hacia el polvo de la muerte.

Sucumbe lo inmortal y perdura lo superfluo.

¿Es nuestro fin el fin de la materia?

En la ceguera de nuestro delirio, oscurecida por las tinieblas del barro informe que la aprisiona y la hace servir de juguete, sólo nuestra pobre alma ve con luzidez en medio del caos.

¡Oh, vida, cuya sombra hace tan luminosas las sombras! ¡Oh, espíritu, que, como una exhalación prendida en la noche fantástica, embelleces esas sombras, presidiéndoles tu resplandor!

Pues caminamos a tientas y sin tino, dejamos el recuerdo de una débil luz que viva perenne, a despecho de la muerte y del odio; que resista a los embates del tiempo, a la furia de la guerra, al mármol y a los dorados mausoleos de los principes. Leguemos la clara virtud, mientras las horas reseque nuestra sangre y aniquilen el bronce, las piedras, los continentes y el mar, hasta que el tiempo sea pasto del tiempo.

¡Vivamos en lo porvenir ante los ojos de los que tengan alma!

¡Que no se jacte la muerte de vernos caer en su silencio; y que la hermosura, sin ser corroida en los portentos de la

pura creación, se mantenga a salvo del filo de su guadaña!...

Contemos ya las arrugas de nuestras frentes.

El carro de nuestra existencia, antes Titán, ha traspasado los fuegos del mediodía. La gala orgullosa de nuestra juventud, los tesoros del hálito de nuestro ardiente estío, declinan al ocaso, tras la tarde, hacia el otoño de amarillentas hojas. La parte más noble de nuestro ser se ha hundido en el fango de la materia. ¡No esperemos lo que no hemos sabido esperar!

Hagamos cuenta que todo es mentira y locura, y que sólo es cuerdo y veraz aquel que vive las horas y días de su vida como quien cada día y cada hora puede morir.

¡Hinchámonos de lágrimas, bajo la angustia del misterio que nos cerca! ¡Que esta sólida masa se vuelva llanto, para que se colme la medida de las aflicciones, herencia de la carne, a imitación del océano, que, a pesar de los tesoros de su abundancia, acoge la lluvia y acrece con ella su caudal!

Alma, dulce varona, que estás en el cuerpo a manera de cárcel, despréndete de la arcilla pecadora que te rodea. Rompe los muros exteriores y vuela a tu liberación.

¡Apágate, apágate, candela! La vida es un sueño, un soplo, la niebla de una esperanza, la chispa fugaz de un placer. ¡Una cadena breve y abrumadora!

¡Libérate, alma! Sálvate a expensas de la muerte, que se salva a expensas de los hombres, y la muerte, una vez salvada, hará tu salvación!...

Luis ASTRANA MARIN

## EL MENTIDERO DE LAS MUSAS

Negro de humo

Cómo se llamaba? Clio no quiere acordarse. Después de todo, el nombre no hace al caso, tanto más, cuanto que apenas si era conocido fuera del círculo de sus contertulios. Llamémosle Domingo, que es bautismo muy de negro. Había venido de la Habana, pongamos, en un barco cargado de... literatura, y sentándose, no bien llegado, en una peña de literatos como él. Es decir, como él no; algunos eran más leídos y todos menos pretenciosos. Porque, eso sí; los madrileños, a falta de mejor condición, tenemos la de no ser nada *supuestos*—que dirían los hermanos Quinteros—. Precisamente no hacía mucho que en aquella misma peña, un pintor cordobés muy afamado, hombre simpático y llano a carta cabal, recibiendo al gran Anglada, a la sazón de paso en Madrid y huésped aquella noche de la tertulia de marras, como le saludara llamándole maestro y Anglada, se ruborizaba un tanto oyéndose llamar tal de quien nada tenía que aprender de él, luego el otro se corrigió al punto sin querer. Porque avisando al cerillero del café en requerimiento de su mercancía: —¡Maestro Gabino!—le dijo. Y volviéndose a su colega catalán: —¿Sabe usted? Aquí *nos* somos maestros.

—Has perdido el hilo. Estábamos en que el negro... Pero ¿era un negro de verdad?

—Verás. Domingo, como iba diciendo, sonreía con una superioridad realmente insoportable a cuanto se decía sin empaque en aquel corro de escritores. Hasta que quejándose uno de ellos en su ausencia, otro, por disculpar la pedantería del americano, insinuó:

—Están ustedes equivocados. Esa son-

## PALABRAS DE UN PRECURSOR PÁGINA INÉDITA DE MIRABEAU SOBRE AMÉRICA DEL NORTE

Este manuscrito es de puño y letra de Mirabeau y se conserva archivado en el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia: Fondo Francia (Novísimas adquisiciones), 1888. Mirabeau escribió estas líneas al día siguiente del reconocimiento de la independencia americana.

No es preciso entender por América, ni las islas de caña de azúcar, ni las comarcas que aportan oro a los dos mundos. La verdadera América es un vasto continente que últimamente ha comenzado a poblarse, que está poblado por las víctimas de la persecución religiosa y de la opresión civil en todos los pueblos, que se ha formado en las virtudes, dependiendo todas sus esperanzas de la agricultura; que ha sido preparada para una buena civilización por la influencia del más grande Gobierno de Europa; porque Inglaterra tendrá la gloria de haber creado pueblos dignos, de haber sacudido su yugo cuando ella misma se dolerá del reproche de haberlos forzado a la independencia por el olvido de sus propias máximas. Allí, los antiguos crímenes de Europa se expían por la más religiosa práctica de la Humanidad y de la tolerancia, si el colmo de la barbarie y de la injusticia puede jamás expiarse. Allí, los más prodigiosos crecimientos de población reparan un poco la más horrible devastación. Allí, a cada instante, los pasos de los hombres se imprimen por primera vez en las eternas soledades de la Naturaleza, donde el hombre, avanzando sin cesar en su inmenso dominio, la ve sin cesar retroceder y extenderse. Allí, toda la energía de la Naturaleza bruta se ofrece en contraste con el vigor de las sociedades nacientes. Las naciones que han tomado posesión de estas comarcas son por interés, tanto como por inclinación, amigas del mundo entero. Su prosperidad está en relación con el número de ciudadanos que adquieren cada año; su gloria, en los beneficios para todos los que buscan junto a ellos asilo y socorro. Por otra parte, los europeos llegan para enriquecerse, y no aportan mas que los vicios de la avaricia. Aquí vienen a adquirir por el trabajo una dulce y libre subsistencia, y toman todas las virtudes que se derivan de los ejercicios del cuerpo y de la moderación del alma. Al contrario, los europeos no se detienen nunca en su primera fortuna, siempre impacientes de otra mayor, porque vuelven incesantemente sus pensamientos y sus deseos ha-

cia su antigua patria. Aquí, ellos toman por gusto, por hábito, por necesidad los principios y las virtudes de un país donde vienen a vivir y a morir. También veis que los pueblos tienen una fisonomía igual a la de ellos, el carácter de su situación natural y política, y este carácter es todo lo mejor que se puede desear. Una hermosa singularidad los distingue. En un estado social donde aun se siente el nacimiento de las cosas tienen ya la madurez de las viejas naciones. Una especial perfección caracteriza su origen. La mayor parte de las costumbres son aún puras y simples, y todas las artes útiles y la filosofía misma florecen entre ellos. Todo lo que es bueno nace en ellos de sí mismo. Todo lo que tenemos de útil y de nocivo parece depurarse entre ellos. Todo crece y se desenvuelve en un orden particularísimo. Tienen bibliotecas públicas y no tienen teatros. Tienen grandes escritores políticos, buenos legisladores y aun comienzan simplemente a iniciarse los poetas. Sus más ricos colonos conducen la carretilla con sus mismas manos, y los más pobres conocen los inventos de Europa en la Agricultura y se instruyen en la ciencia de gobernar. No son algunos hombres superiores y raros los que han trazado sus leyes y sus Constituciones; ellos las han redactado y deliberado por sí mismos en sus Asambleas nacionales, y nunca los derechos del ciudadano y del hombre han sido tan bien planteados ni tan bien esclarecidos. He ahí la verdadera América. Un gran acontecimiento que acaba de suceder da todavía a estos pueblos más preeminencia a este título. Acaban de conquistar su libertad. En adelante, como antes de su devastación, va a poseer hombres indígenas. El suelo que pisan es de ellos; no tienen más leyes que las que se han dado a sí mismos. Desde lo alto de sus costas contemplan este mar que, durante tantos siglos, había impedido que

se entreviesen los dos continentes; ya por el pensamiento pueden mezclar su orgullo de la independencia civil a los dulces movimientos de la felicidad fraternal. Aunque este acontecimiento nos haya emocionado vivamente, me parece que no hemos recibido aún todas las ideas necesarias para inspirarnos. Desde el descubrimiento de Colón no ha sucedido nada tan importante en el género humano. Es en este momento cuando se reconoce bien este destino eterno, que transporta incesantemente la gloria y la felicidad de las naciones de una zona a otra; que hace que todo nazca y prospere en un lugar, ya que todo se gasta y perece en otro. Si el antiguo Egipto, todavía famoso por una civilización que ha presidido la de los otros países; si el Egipto tuviera, digo, verdaderos sabios, hombres capaces de leer en los acontecimientos presentes la suerte futura de los pueblos, ¿cuáles debieron ser sus pensamientos cuando vieron a todas las naciones de Grecia sacudir el yugo de los tiranos, organizar sus sociedades por hermosas leyes, adoptar las costumbres del heroísmo, abrir, en fin, la era de esos magníficos siglos que han llenado con la luz de su talento y de sus virtudes? Esperanzas tan grandes pueden embargar el alma de los que mediten sobre la revolución que acaba de sucederse ante nuestros ojos. Es bello, es dulce asistir al origen de las grandes cosas. Felices los hombres de hoy que verán concluir el siglo que corre sin sentirse conducidos por sí mismos al término de su decadencia. El siglo próximo les promete un bello espectáculo. He ahí de un lado la democracia casi olvidada del antiguo mundo que renace en el novísimo. He ahí todos los conocimientos de las generaciones anteriores que se trasplantan. ¿Qué debe resultar de esta mezcla? ¿Es la magnificencia de la civilización corrompida la que prevalecerá? Esto no se puede decir todavía. Pero al menos es el momento de hacer votos ardientes para que América alcance su verdadera grandeza y que renueve los bellos tiempos del género humano.

MIRABEAU



risa no es de hombre superior; es inocente sonrisa de negro.

A lo cual se arrancó un recién repatriado de América con esta sucinta biografía, aprendida en uno de los muchos círculos literarios que allende el Atlántico han padecido la petulancia de Domingó:

Ese olímpico señor,  
negro hasta decirle basta,  
no le debe su color  
a la casta,  
sino a los humos que gasta  
ese olímpico señor.

El cuartel, el ágora  
y la torre de marfil

—La cuestión es vieja como el...

—Sí, como el escribir.

—Pero en Francia se ha puesto otra vez de moda al acabar la guerra. El señor Maurras, pontífice de los monárquicos de la Acción Francesa...

—Ya sabemos que lees a Azorín en el A B C.

—El Sr. Maurras opina que los escritores deben abdicar de su libertad individual, individualista si quieres, y escribir con arreglo a normas nacionales, vamos, nacionalistas, militarizando el pensamiento.

—El Sr. Monfort, literato muy literato, autor de varias novelas muy espirituales y director de una revista muy literaria, *Les Marges*, cree, por el contrario, que la literatura es una cosa aparte de toda política y que el escritor debe vivir en la ya clásica torre de marfil, ajeno al interés colectivo.

—El Sr. Duhamel, cuya *Vie des martyrs* es uno de los mejores libros de la guerra, predica con el ejemplo en pro de una literatura francamente socialista. El ágora...

—Cuantísimo griego sabes.

—La plaza pública...

—Si lo habíamos entendido.

—La plaza pública debe ser su púlpito.

—Aquí apenas si se nota nada de eso.

—Sin embargo, sin embargo... tú no conocerás a un escritor que se llama Valle-Inclán.

—Claro que le conozco. Yo no hago crítica literaria.

—Bueno, entonces hasta es posible que sepas eso de

Este gran don Ramón de las barbas de chivo.

No nos lo recites, o dinos los otros trece versos, que también son muy buenos y no los sabe nadie. Pues Valle-Inclán cree que el momento actual exige una literatura satírica, panfletaria, desvergonzada incluso. Y ha escrito una farsa de *La reina castiza*, una farsa histórica o, por lo menos, que va a hacer época.

—¿Qué época?

—«Corte Isabelina—Befa Setembrina—Farsa de muñecos—Maliciosos ecos de los semanarios—revolucionarios—La gorda, la flaca y el Gil Blas—Mi musa moderna—enarca la pierna—se cimbra, se ondula—se comba, se achula—con el ringorrango—rímico del tango—y recoge la falda detrás.» Así dice el prólogo. Y está publicando otra farsa de las que llama *esperpentos*, *Luces de Bohemia*, en la que inicia un a modo de género chico tragicómico, y prepara otra. *Los cuernos de don Friolera*, completamente guñolesca.

—Por algo un historiador de la literatura contemporánea se lo encontró en la calle el otro día y le dijo: Usted, desde las *Sonatas*, sin hacer nada...

—Si los hay bien documentados. Porque de un año a la fecha el autor de las *Sonatas* no ha publicado mas que ¡cua-

tro obras nuevas!, a saber: dos tomos de versos: *La pipa de Kif* y *El pasajero*; una farsa: *La enamorada del rey*, y una tragicomedia: *Divinas palabras*, y está reeditando en sus Obras completas cuatro volúmenes de *La guerra carlista*, uno de ellos inédito.

—Pero ¿es de veras que se ha hecho bolcheviqui?

—Te diré.

PIPI,  
ex mozo de café.

## LECTURAS

Acabamos de recibir la nueva obra de Marden, titulada «Defiende tus energías». Describe su autor magistralmente las relaciones entre los tres aspectos físico, moral y mental del ser humano, demostrando la íntima correspondencia entre los alimentos del cuerpo y del alma.

En «Defiende tus energías» hermana felizmente el sabio doctor Marden la psicología con la fisiología y la ética, desvaneciendo gran número de errores y preocupaciones contrarios a la salud de cuerpo y alma en menoscabo del bienestar moral y material de la Humanidad.

Este hermoso libro está editado por la Librería Parera, de Barcelona, que tanto se esmera en la difusión de estas sanas enseñanzas.

El Patronato creado para editar las Obras completas de D. Francisco Giner de los Ríos acaba de publicar el tomo III

de la colección, titulado «Estudios de literatura y Arte», y que contiene los primeros trabajos que D. Francisco Giner escribió para el público.

Como ya es sabido, el producto de la venta de las Obras completas de Giner de los Ríos está destinado íntegramente a la «Institución Libre de Enseñanza», cuya fundación se debe al ilustre pedagogo.

La distinguida señorita Ermeninda Ferrer, la palpitante actualidad, acaba de recopilar el título de «Inquietud», un tomo lujosamente editado, en el que reúne dos novelas y un cuento que revelan una exquisita sensibilidad y unas admirables dotes literarias.

«Inquietud» y «La enmienda de Anita» son dos interesantes novelas, en las que la señorita Ferrer hace el milagro de dar al estilo epistolar la amenidad y la vida del diálogo, sin que pierda el encanto del relato psicológico, tan atrayente siempre cuando es una mujer la que desentraña el proceso amoroso de un alma femenina.

Los méritos de «La que quiere ser monja», el cuento, no son inferiores a los de las novelas.

Vicente Blasco Ibáñez, atendiendo a la palpitante actualidad acaba de recoger en un tomo varios artículos sobre «El militarismo mejicano», publicados por el ilustre escritor en los principales periódicos de los Estados Unidos, después de su viaje por la República mejicana en abril y mayo, o sea momentos antes de estallar la revolución.

Blasco Ibáñez había ido a Méjico a completar sus estudios para la novela en preparación «El águila y la serpiente». Al regresar a Nueva York, donde se le admira tanto como en España, fué asediado por los reporteros, y, aunque retirado del periodismo, le fué forzoso publicar los artículos que ahora reproduce la Editorial Prometeo en «El militarismo mejicano».



# CARLOS COPPEL

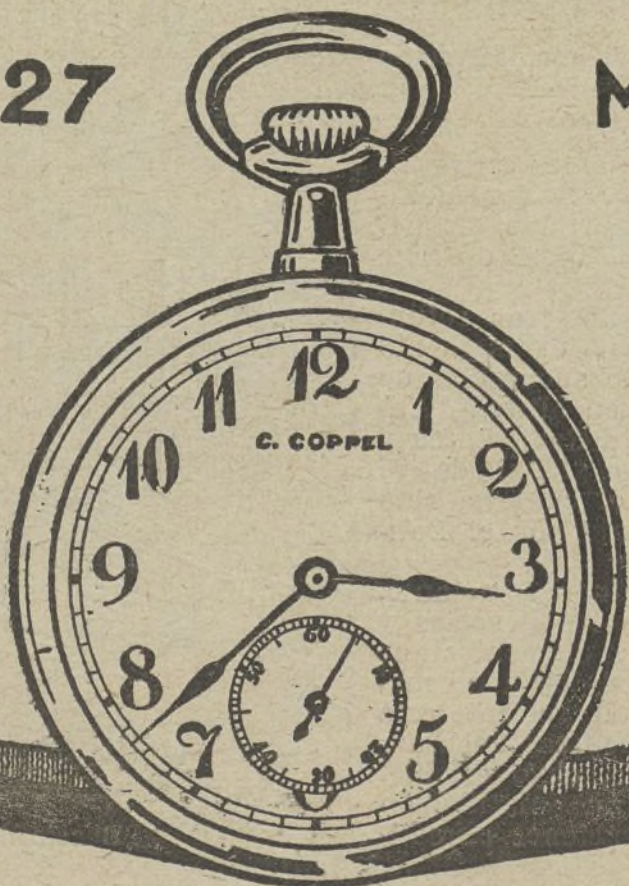
## FABRICA DE RELOJES

Fuencarral 27

Madrid

DEPÓSITO DE  
LOS RELOJES  
DE PRECISIÓN  
M. Z. A

CERTIFICADO  
DE GARANTIA  
CON CADA  
RELOJ







# ALBACETE

Bien sabe Dios que, al pensar en estas crónicas, no hubimos de tener para nada presente el interés material de nuestras empresas periodísticas, sino, más bien, la ocasión y el motivo para hablar de un pueblo merecedor de aplausos y alabanzas.

Albacete, que hace muy pocas centurias era encrucijada de las veredas de arriería y de los caminos de carretas y carreteros, cuando advino a la vida del progreso tuvo, ciertamente, un día de verdadero florecimiento intelectual, y así, recordamos aquellas leyendas de Baquero Almansa y de Pérez de Hita, que rememoran celebridades como los Agrás, Barrio-nuevo, Cantos, Cañabate y Hurtado de Matamoros, filósofos, poetas y guerreros de otros tiempos, muy mentados también por el viajero francés M. Laborde.

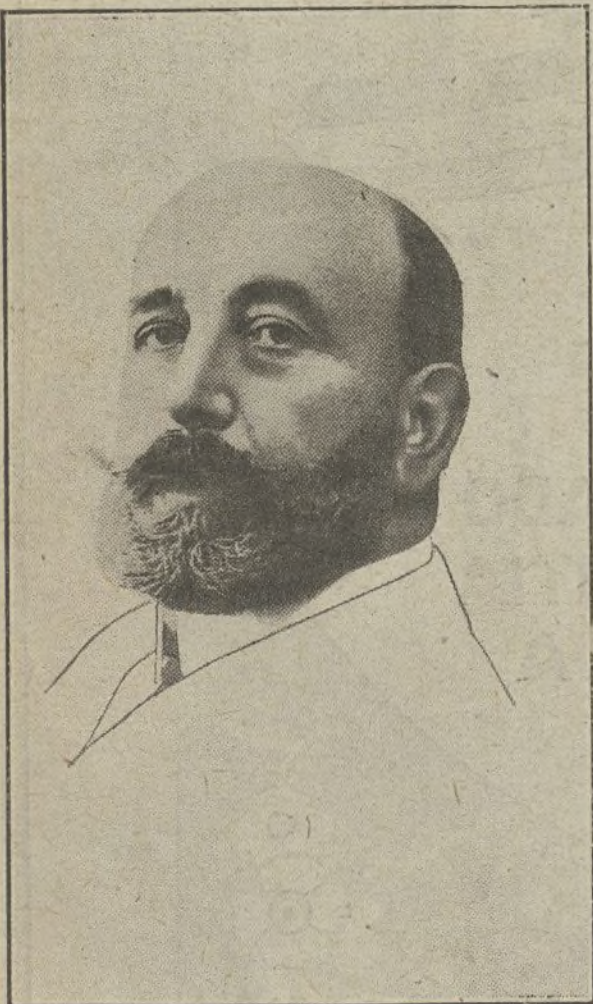
Pero el Albacete de entonces, hasta hace veinte años escasos, ha corrido los trámites de un progreso lento y rústico, muy en armonía con el carácter inveterado y tradicional de la región manchega.

De ese otro Albacete de estos presentes tiempos que advino al mundo de la actividad intensiva; de esa *Ciudad-espuma*, como, por antonomasia, se le llama en muchas partes, queremos hablar hoy, no con las premisas y el acicate de la adulación, sino con el sentimiento de la justicia más severa.

## El Municipio de Albacete.

Es, quizás, un caso insólito en los fastos de la vida orgánica de los Municipios. En el seno del Ayuntamiento se comulga con diversos ideales políticos; pero antes de ser revestidos los concejales con la magistratura popular, queda el espíritu de bandería puertas afuera de la Casa Capitular para hacer una administración honrada y generosa en provecho de la Comunidad.

Así se explica que en un lapso de tiempo que no pasa de quince años, sin esas subvenciones del Estado que tanto se prodigan en regiones protegidas a costa del presupuesto de la nación; sin repartos extraordinarios que agraven la situación del contribuyente, solamente con los recursos ordinarios de su presupuesto y a expensas de un empréstito nutrido por los capitalistas locales, se haya dado



D. José María Fernández Fabuel, contador del Ayuntamiento.

un paso de avance tan grande en el camino del progreso, como, en tales condiciones, no se registra, tal vez, otro mayor en la vida municipal de España.

En ese interregno se ha abastecido la población de aguas potables, se ha construido una red de alcantarillado, se han construido una escuela graduada, y dos grupos escolares, y un mercado de abastos, y un cuartel para la Guardia civil, capaz para el alojamiento de dos compañías, y un Hospital provincial modelo, que se entregará a la Diputación por cuenta del contingente; se han abierto cuatro calles nuevas y ensanchado las principales vías intraurbanas; se goza de un buen servicio contra incendios y de un alumbrado espléndido, estando a punto de comenzar la pavimentación de la ciudad, como digno remate de una empresa honrada y bienhechora.

## Albacete, financiero.

La fundación del «Banco de Albacete» inició en esa región un movimiento financiero, regularizando y ensanchando intensamente el uso del crédito en provecho, y para desarrollo de las riquezas naturales del país.

Data esa institución del año 1910,



D. Joaquín Quijada Valdivieso, secretario del Ayuntamiento.

siendo tan grande el éxito conseguido hasta la fecha que lo consideramos el más trascendental de los hechos ocurridos en Albacete durante los últimos lustros.

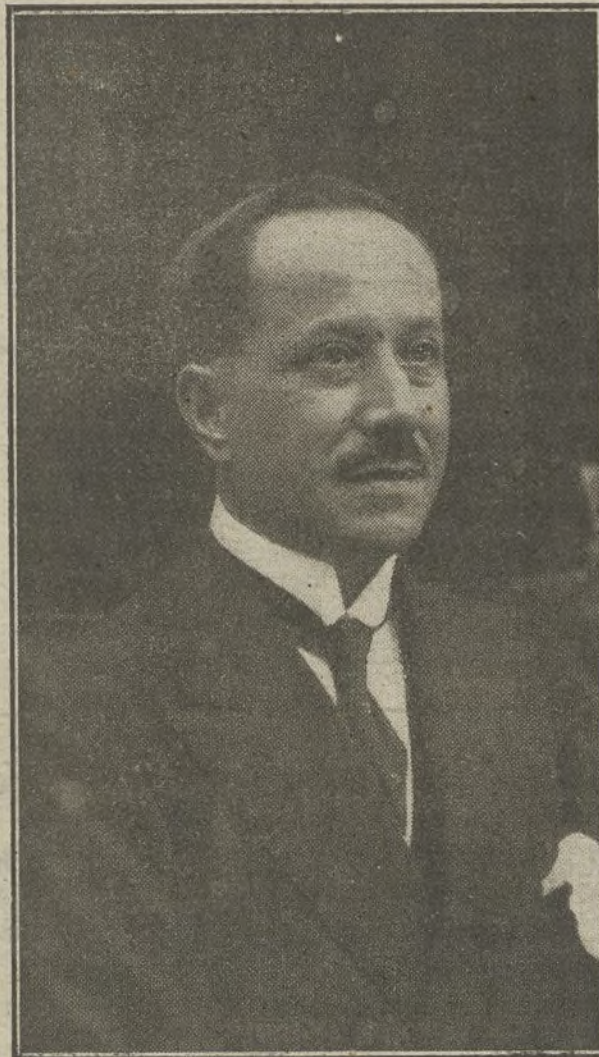
Están justificadas nuestras rotundas afirmaciones desde el momento que se han establecido sucursales de tal entidad bancaria en Murcia, Alicante, Córdoba, Ciudad Real, Lorca y Andújar con un activo global de 96 millones de pesetas, el cual ha sido engrosado recientemente por el Banco de Vizcaya.

Y como si esto no fuera bastante, como si el mundo de los negocios y el capital flotante y los elementos que afluyen a la ciudad exigieran un mayor campo de actividad, reciente está la creación de una sucursal del Banco Hispano Americano, cuyo establecimiento se promete una ampliación de toda clase de operaciones bursátiles,

les, de cuya actuación tendremos el gusto de ocuparnos más tarde cuando conozcamos el alcance y finalidad de sus negocios.

## Albacete, industrial.

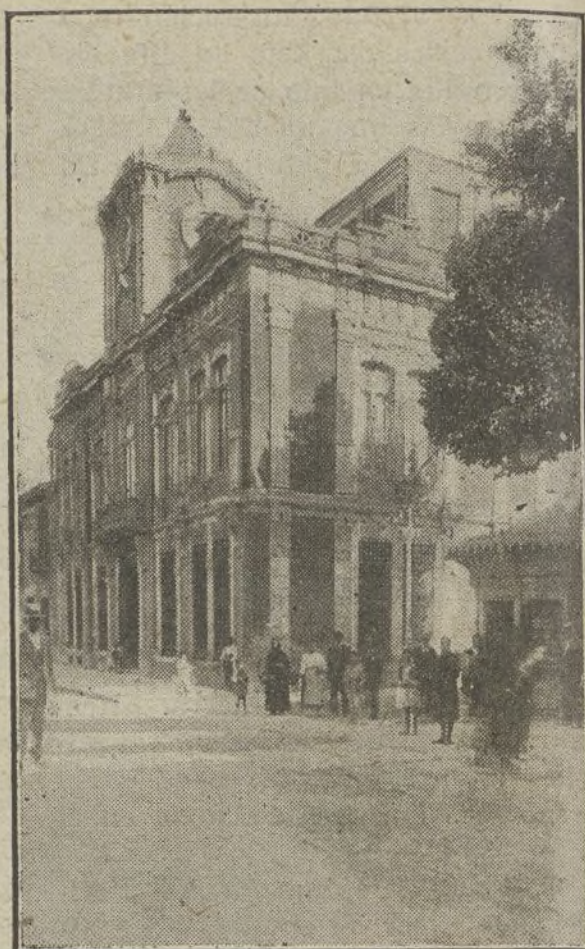
La abundancia de energía eléctrica y de las aguas potables, juntamente con el resurgimiento de verdaderos



D. Fructuoso Manuel Fernández Nieto, alcalde presidente.

genios emprendedores, han hecho de Albacete una de las plazas más importantes en España en cuanto a muchos órdenes de la vida industrial.

Existen en esta población ocho fábricas de harinas, algunas de ellas las más importantes que se conocen; varias de mosaicos y de ladrillos hidráulicos; de chocolates, pastas y confituras; de maquinaria agrícola; de construcciones mecánicas de madera; de yesos y cementos; de metalurgia, y las célebres de cuchillos y navajas, con laminadores y pulidores de motor eléctrico, y otras muchas que hacen de Albacete, no la ciudad estática y



Vista exterior del Ayuntamiento.

soporífera de otros tiempos, sino un centro dinámico industrial envidiable.

## Albacete, comercial.

Para hacer la ponderación creciente del comercio de esta ciudad bastaría con decir que Albacete cuenta para su propaganda comercial con ciento cincuenta viajantes, que operan en casi toda España y en el Extranjero.

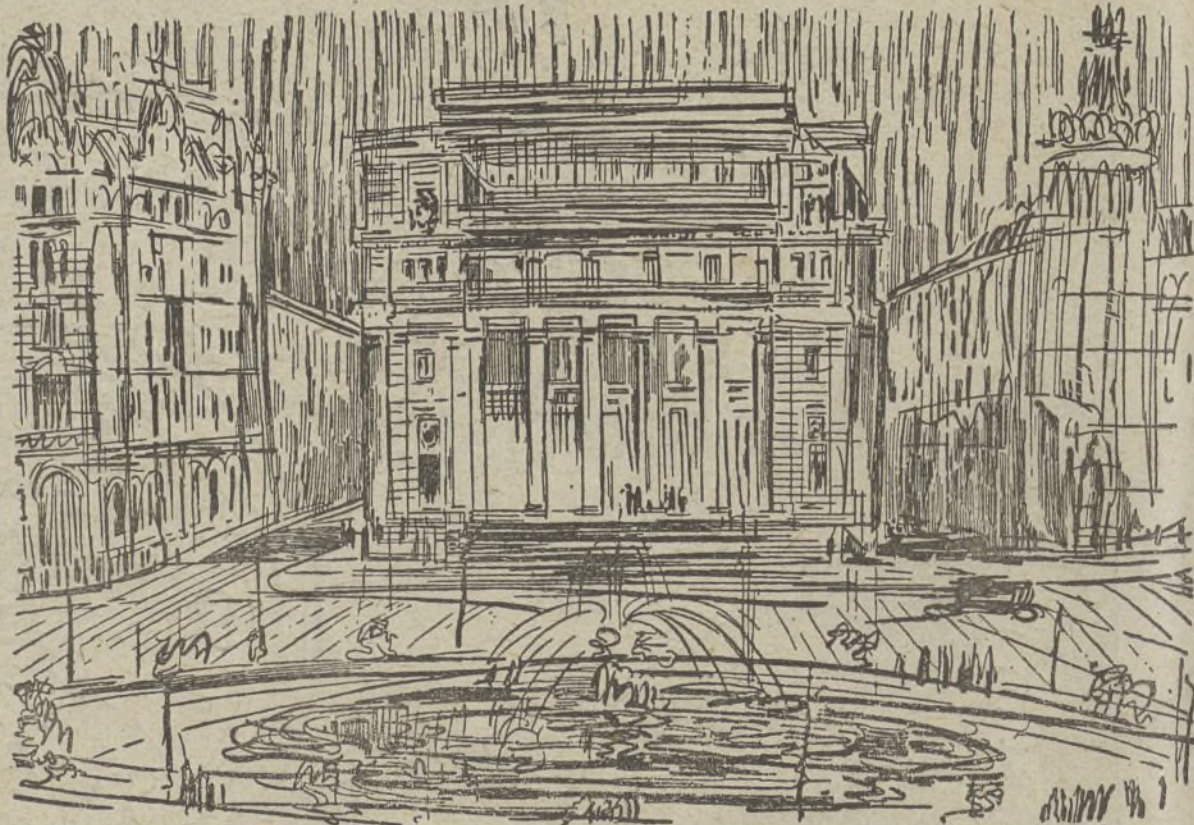
Son objeto principal del comercio en gran escala las harinas, los coloniales, la paquetería, las drogas, los salazones, la ferretería, los dulces, pastas y confituras; la maquinaria agrícola, los cementos y abonos, químicos y los productos de la cuchillería albacetense, hasta tal punto todo, que en muchos de esos artículos se hace una competencia ruinosa a muchas poblaciones que antes hacían el abastecimiento de esta ciudad. Y nada más.

\*

Con verdadera satisfacción hemos narrado, a grandes rasgos, las excelencias de la ciudad de Albacete.

Y ahora valga esta nuestra espontánea afirmación: Esa vasta unidad abstracta que constituye el *Todo* nacional no será nunca potente y atendida mientras que su base fundamental, los Municipios y los elementos de la actividad industrial y comercial, no tengan personalidad dignificada y los medios ejecutivos apropiados.

El cuerpo humano, en su conjunto vital, no puede ser viable si sus órganos principales dejan de ser sanos y robustos; como el bloque granítico no puede ser fuerte si las moléculas componentes no tienen la solidez y la materia adherente indispensables.—X.



Boceto del nuevo edificio para el Banco de Albacete.